

La pasión por los libros se siembra con magia

por Kepa Osoro Iturbe*

Animar a los alumnos a leer con verdadero placer, lograr que las familias compartieran con ellos algunos momentos de lectura, y acercar a los niños a las bibliotecas públicas eran los tres objetivos principales que se perseguía con la experiencia «La pasión por los libros se siembra con magia». Su impulsor, Kepa Osoro Iturbe, nos hace un relato ameno de esta singular actividad de animación a la lectura, que tan buenos resultados le dió.



OTTO UBBELOHDE, CUENTOS ESCOGIDOS DE LOS HERMANOS GRIMM, COMPAÑIA LITERARIA, 1994.

Aquella somnolienta mañana de septiembre, de principios del curso 94-95, nos reunimos los maestros del primer ciclo de Primaria en mi aula, como lo hemos venido haciendo desde hace muchos años. Ese rato temprano lo empleamos en programar las actividades del día o en planificar a más largo plazo. Pero aquel primer día de curso alguien comentó que «notaba algo raro» en la clase; daba la sensación de que había una atmósfera extraña... y claro, ¡habían desaparecido los libros de la biblioteca! Todos se quedaron sorprendidos porque las estanterías en las que habitualmente descansan la Bruja Curuja, el Sastrecillo valiente, Elmer, Doña Desastre, Munia, Marieta y todos sus amigos estaban tristes y solitarias. Todos quisieron saber qué había hecho con los cuentos, pero les dejé con la intriga porque también los maestros necesitamos buenas dosis de misterio si queremos sembrar los corazones de los enanos de magia y emoción.

Fueron pasando los días, y una mañana uno de mis chavales se acercó a mi mesa y me preguntó —¡por fin, pensé que nunca lo harían!— por qué en las otras aulas de 1º los niños tenían un montón de cuentos y ellos no los veían en la nuestra. Mi respuesta la lancé a todo el grupo. Nosotros teníamos tantos libros como sus compañeros del A, del B o del C; lo que sucedía era que los personajes de nuestros cuentos se habían reunido una noche y habían decidido que no saldrían a visitarnos hasta que no les prometiéramos dos cosas: que no dejaríamos ni un solo día de abrir los cuentos para que ellos pudieran contarnos sus historias, y que traeríamos al *cole* a unos amigos suyos a los que no veían desde hacía mucho tiempo y que vivían en el Castillo de los Libros.

Un castillo de cuento

Ni que decir tiene que la respuesta de mis chavales fue unánime: todos se comprometieron —en una ceremonia solemne que celebramos días después— a devorar los cuentos con entusiasmo, y a pasar todos los días un buen rato jugando y charlando (en una palabra, leyendo) con sus amigos de los cuentos. ¡Ah, eso



LISBETH ZWERGER, CUENTOS DE ANDERSEN, GAVIOTA, 1993.

sí, lo del Castillo de los Libros era cosa mía! ¡Ellos no podían comprometerse porque no sabían «qué quería decir eso»!

Yo les prometí que trataría de averiguar algo sobre ese asunto y que para ello consultaría con el Mago de la Pluma, un amiguete mío que no es indio (por aquello de la pluma), pero que se lo pasa pipa escribiendo cuentos con su pluma. No os podéis imaginar el juego que me dio aquel personaje imaginario durante todo el curso, para motivar a mis chicas y chicos a acercarse a las estanterías con auténtica hambre de ficción y aventuras.

Al día siguiente de la ceremonia de la promesa, en los estantes aparecieron un montón de cuentos (tantos como chava-

les) y con ellos una nota en papel pergamino firmada por los Personajes de los Cuentos, en la que decidían salir la superficie porque les parecía que éramos buena gente y que se lo pasarían de miedo con nosotros. Pero no debíamos olvidar la segunda promesa porque era la más importante: sus amigos del Castillo de los Libros estaban tristes y deseaban visitarles. Entre apasionadas sesiones de narración oral, emotivos lecturas interrumpidas en el momento álgido para aumentar la curiosidad, disparatadas charlas entre Blancanieves y el Capitán Garfio, y el modo en que Aladino terminaría con las guerras... fueron transcurriendo las semanas. Pero ningun-



GUENNADU SPIRIN, LA ILUSTRE FREGONA Y OTROS CUENTOS CLÁSICOS, EVEREST, 1989.

no de nosotros olvidó su misión: descubrir dónde estaba el Castillo de los Libros.

Una tarde, cuando ya estábamos recogiendo para volver a casa, entró el conserje con una carta para mí. Era un sobre extraño, porque tenía forma de estrella y estaba hecho con papel plateado. Los niños me pidieron que lo abriera, y así lo hice. En su interior una una carta escrita en una lámina de plástico transparente y

decía así: «Si al castillo queréis venir, un cuento entre todos tenéis que escribir», e iba firmada por Ogam ed al Amulp.

Aunque tardaron un rato en reaccionar, por fin explotaron en un griterío tremendo. Todos querían hablar a la vez; les propuse que escribiesen en un papel el nombre que aparecía en la firma de la carta y trataran de averiguar cuál era su secreto con ayuda de sus padres. Al día siguiente casi la mitad de la clase había

descubierto el primer misterio: ¡nos había escrito el Mago de la Pluma!

Ahora quedaba lo más difícil: escribir entre todos un cuento-llave que nos permitiera acceder al Castillo de los Libros. Pero la práctica nos demostró a todos que cuando la gente está decidida a lograr algo superimportante, es capaz de trabajar codo con codo, y por eso fueron capaces de consensuar civilizadamente personajes, títulos, aventuras y finales. Y es que —como dijo una de las chicas— «lo importante era escribir un cuento chulo, y rápidamente».

Podríamos reproducir el cuento que inventaron, pero eso lo dejamos para otro momento: tenemos prisa por contaros todo. Metimos nuestra obra en un sobre y me comprometí a llevárselo en persona a mi amigo el Mago. Pocos días después, me presenté en la clase con los carnets de la Biblioteca Pública y les expliqué que el Mago me los había dado explicándome que cada niño tenía que pegar su foto y escribir sus datos en su carnet. De ese modo tendríamos acceso al Castillo de los Libros. Cuando todo los carnets estuvieron cumplimentados, les propuse que iría yo solo la primera vez para echar un vistazo «por si era peligroso». En principio hubo algunos niños que no estaban muy de acuerdo, porque querían acompañarme; otros temían que me pasara algo... pero al fin triunfó el buen criterio de alguien que sentenció: «tendrá que ir solo Kepa, porque todos no cabemos en su coche».

A la mañana siguiente aparecí en clase con una caja enorme repleta de cuentos. La algarabía que se organizó no hace falta describirla. Pero lo que sí hubo que explicar, con todo detalle, fue mi visita al Castillo y la procedencia de los libros. Así les conté que el Castillo era una biblioteca, que había muchas en Madrid, que los libros nos los prestaban durante quince días, que podríamos cambiarlos por otros cuando quisiéramos, y que todo aquello... ¡era gratis!

La respuesta de los niños fue sorprendente: absoluto silencio, mentes bloqueadas, bocas abiertas, miradas fijas..., durante unos segundos que parecieron eternos. Después, todo fue aclarándose: preguntas, detalles, dudas, posibilidades... Lo cierto es que habíamos logrado nuestro objetivo: motivar a los niños por

la lectura de los libros del aula, acercarlos a las bibliotecas públicas, y hacerles soñar con un mundo mágico y misterioso. Desde aquella mañana, cada quince días me acercaba a la biblioteca Ruiz Egea, llenaba una imponente caja con casi un centena de cuentos y, al regresar al cole, los ponía en las manos hambrientas de mis muchachos. Ellos elegían uno y lo llevaban a casa para leerlo con sus papis. Al terminarlo, lo devolvían o lo intercambiaban con otro amigo. Al pasar las dos semanas, cambio de lote y nuevas ilusiones. Todo el proceso concluyó una tarde de mayo. Montados en un precioso corcel-bus blanco, mis caballeros y damas se dirigieron emocionados al Castillo de los Libros donde las excelentes princesas-bibliotecarias les acogieron con entusiasmo, y les hicieron pasar un rato lleno de fascinación. Allí pudieron acariciar, abrazar, dialogar y

sonreír a todos los inquilinos del Castillo de la Magia y la Ilusión.

Conclusiones

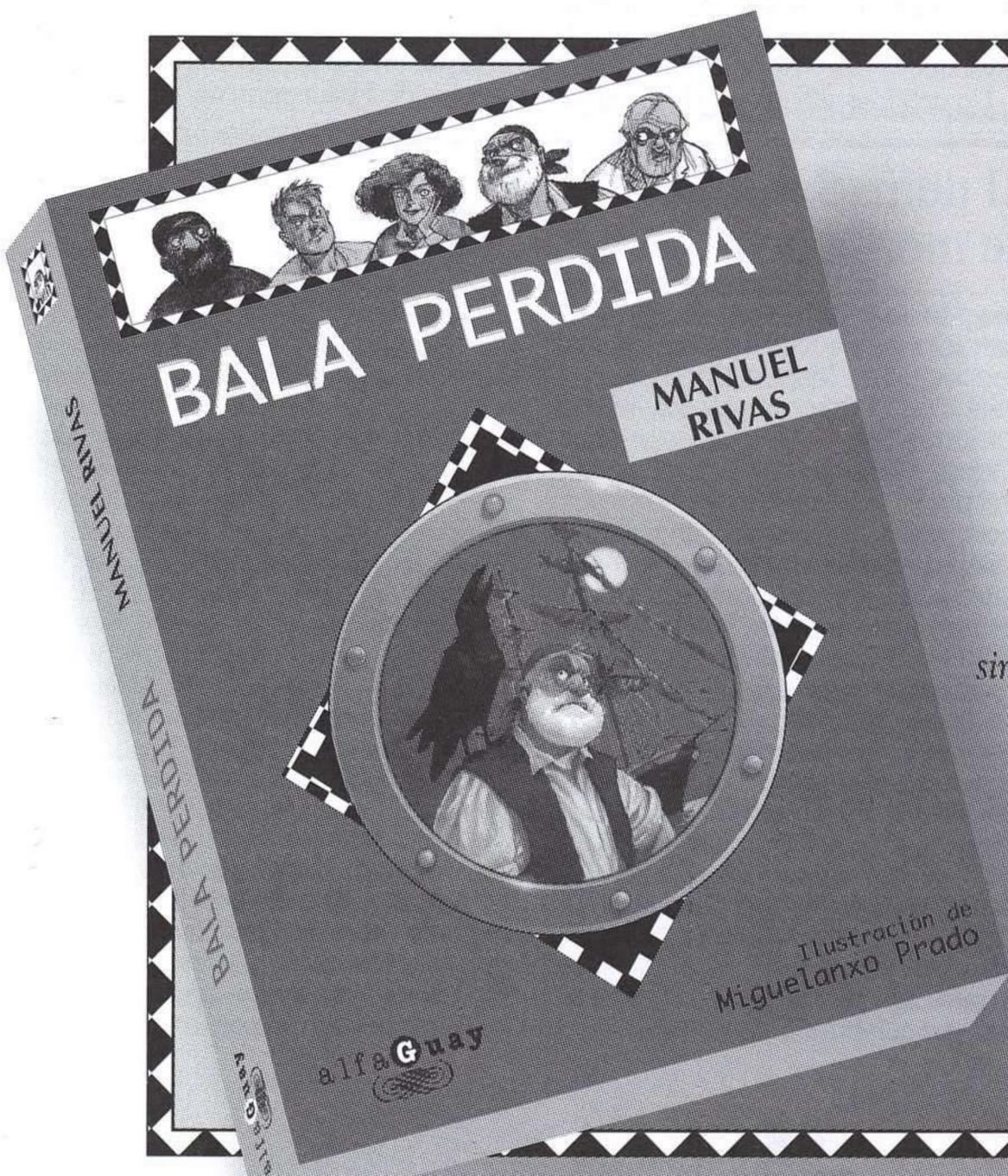
Aunque la experiencia os parecerá compleja por su diseño (lo fue mucho más de lo que creéis), os aseguro que nunca me había enganchado tanto con una actividad. Y lo hice porque mis chavales estaban siendo absolutamente felices. Tendríais que haberles visto temblar de emoción en numerosos períodos del proceso. Sólo por eso mereció la pena. Pero lo curioso es que, además, logré que consiguieran todo tipo de objetivos: trabajar en equipo, disfrutar con la lectura, aprender todo sobre las bibliotecas, implicar a sus padres en la narración oral... Al acabar el curso, cada chaval recibió su carnet y se de muchos que ya

han ido a la biblioteca con sus papis, ¡hurra! ■

*Kepa Osoro Iturbe es profesor en el Colegio Maravillas de Madrid.

Bibliografía

- Aller, C., *Estrategias lectoras. Juegos que animan a leer*, Alcoy (Alicante): Marfil, 1991.
 Calleja, S., *Todo está en los cuentos*, Bilbao: Mensajero, 1992.
 Charmeaux, E., *Cómo fomentar los hábitos de lectura*, Barcelona: Ceac, 1985.
 Fabregat, A., *Cuentos para hablar en la escuela*, Madrid: Bruño, 1990.
 Rueda, R., *Recrear la lectura. Actividades para perder el miedo a la lectura*, Madrid: Narcea, 1994.



BALA PERDIDA

Escrito por **Manuel Rivas**
 -Premio Nacional de Narrativa-
 e ilustrado por **Miguelanxo Prado**.

Un bello y poético relato de un pirata con escrúpulos y una joven periodista sin pelos en la lengua, que te transportará a la magia y al misterio.

alfa**G**uay